

**RELATOS  
INÉDITOS DE LOS  
SUBMARINOS  
REPUBLICANOS  
EN LA GUERRA  
CIVIL ESPAÑOLA**

**C-5 y C-2**



*Ramón Cayuelas Robles*

Cómo decirte amor  
cuánto te debo,  
por esperarme siempre,  
por hacerme sentir tan feliz a tu  
lado,  
por estar a cada instante com-  
partiendo  
mi tristeza y mi alegría.

Cómo decirte amor  
cuánto te debo,  
si ni siquiera tú  
sabes cuanto me das.

A la mujer que tanto me ayudó  
a confeccionar este libro.

# I N D I C E

<p>Tripulación del Submarino C-5 . . . . . <b>8</b></p> <p>Tripulación del Submarino C-2 . . . . . <b>9</b></p> <p>Prólogo . . . . . <b>11</b></p> <p>Introducción . . . . . <b>15</b></p> <p>La Revolución: Base de Submarinos . . . <b>31</b></p> <p>El patriotismo de los voluntarios . . . . <b>43</b></p> <p>El Submarino C-5, sale a la mar sin comandante profesional . . . . . <b>47</b></p> <p>Toma el mando del C-5, el C.C. D. José de Lara y Dorda . . . <b>57</b></p> <p>Primer incidente al Submarino C-5 . . . <b>61</b></p> <p>El Submarino C-5, colisiona con el C-1, en Tánger . . . . . <b>63</b></p> <p>Ataque al Acorazado España por un submarino no identificado . . . . . <b>67</b></p> <p>Mi opinión sobre los submarinos republicanos en la guerra . . . . . <b>71</b></p> <p>Primer ataque a la flota enemiga abortado . . . . . <b>77</b></p> <p>Combate Aeronaval por el C-5, con 6 bous, un hidro y el Destruc. Velasco . . . . . <b>81</b></p> <p>La gran odisea del Submarino C-5, hundido a 85 m. de profundidad . . . <b>87</b></p> <p>Memoria sobre el hundimiento del Submarino C-5 . . . . . <b>97</b></p> <p>Desmoralización de la dotación del submarino C-5 . . . . . <b>101</b></p> <p>La Familia Zubillaga . . . . . <b>103</b></p> <p>Ataque frustrado al Acorazado España y lanzamiento de 4 torpedos por el Submarino C-5, al mando del C.C. D. José M<sup>a</sup> de Lara y Dorda . . . . . <b>109</b></p> <p>Asalto y secuestro del submarino C-5, en su base de Portugalete, por un Comando nacionalista vasco . . . . . <b>117</b></p> <p>El Comité político del submarino C-5, me forma consejo de guerra . . . . . <b>121</b></p> <p>Se presenta mi sustituto en el submarino C-5 . . . . . <b>125</b></p> <p>Desaparece el submarino C-5 y se le da por hundido . . . . . <b>129</b></p> <p>Me destinan a una unidad de carros de asalto . . . . . <b>133</b></p> <p>Regreso a los submarinos y embarco en el C-2 . . . . . <b>135</b></p> <p>La desgana en la lucha se apodera de las dotaciones . . . . . <b>139</b></p>	<p>El submarino C-6, alcanzado por una bomba de aviación, en Portugalete . . <b>143</b></p> <p>La pequeña MAYTE . . . . . <b>147</b></p> <p>Desesperado ataque de la aviación enemiga al Puente Colgante sobre la Ría y el Cinturón de hierro defensivo de Bilbao . . . . . <b>151</b></p> <p>Últimos días de la resistencia de Bilbao <b>155</b></p> <p>Las tropas nacionales ocupan Bilbao con gran éxodo de la población civil de los pueblos de la Ría . . . . . <b>157</b></p> <p>Nuestra nueva Base de Operaciones: Santander . . . . . <b>163</b></p> <p>Toma el mando del submarino C-2, el A.N. D. José Luis Ferrando Talayero . <b>165</b></p> <p>El éxodo de Santander . . . . . <b>171</b></p> <p>Intenso bombardeo de la aviación enemiga en el puerto de El Musel . . <b>181</b></p> <p>El submarino C-2, entra en la Bahía de BREST (Francia) . . . . . <b>189</b></p> <p>Mis dos encuentros con el Teniente Coronel Troncoso -de zona nacional- . <b>193</b></p> <p>Asalto al submarino C-2 por un comando nacionalista . . . . . <b>197</b></p> <p>Comentario sobre el asalto al sub. C-2 <b>201</b></p> <p>El submarino C-2, autorizado a entrar en la Base Militar de Brest . . . . . <b>205</b></p> <p>Características del Submarino Francés "Sourkouf" . . . . . <b>211</b></p> <p>El submarino C-2, se traslada a Saint Nazaire para reparar averías . . . . . <b>213</b></p> <p>Mi desertión del submarino C-2 . . . . . <b>217</b></p> <p>Dos días en París, los más largos de mi vida . . . . . <b>219</b></p> <p>Me instalo en Montpellier, en casa de mis tíos . . . . . <b>227</b></p> <p>Regreso a España después de la guerra <b>235</b></p> <p>Mi regreso a casa después de tres años y medio de ausencia . . . . <b>241</b></p> <p>Reflexiones después de la guerra . . . . <b>247</b></p> <p>Meditaciones sobre las actuaciones de los comandantes de los submarinos republicanos en la guerra de España . <b>251</b></p> <p>Trayectoria del Cap. de Corbeta D. Remigio Verdia en los sub. rep. <b>255</b></p> <p>Comentario sobre la trayectoria del Com. D. José de Lara Dorda . . . . . <b>261</b></p> <p>Nóminas de los Submarinos Tipo "C" <b>265</b></p>
--	---

## TRIPULACIÓN DEL SUBMARINO C-5 QUE CONSTA EN LOS ARCHIVOS DEL MINISTERIO DE MARINA EL DÍA QUE SE HUNDIÓ:

Comandante: C.C. ....	D. José M <sup>a</sup> de Lara y Dorda
2.º » Capitán Mercante ....	D. Avelino Bernadal
Jefe de Máquinas 2º Maquinista ....	D. Eusebio Fernández Vázquez
3º Maquinista .....	D. Manuel Espinosa
3º » .....	D. Miguel Guillén Conesa
3º » .....	D. Mariano Martínez Velazco
1º Auxiliar Torped. Electricista .....	D. José Noceda Coello
1º » » » .....	D. Miguel Ruiz Vázquez
2º » » » .....	D. Mariano Marcos Cuesta
2º » » » .....	D. Genaro Pérez Dopico
2º » Radio (Presid. Comité) ....	D. José Porto Vigo
2º » Contramaestre Marinería .	D. Jacinto Núñez Núñez
2º » de Máquinas .....	D. Luis Orcajada Sánchez
2º » » .....	D. Donato Carlos García
Cabo 2º de Marinería .....	D. Mariano Gómez Martínez
Cabo 2º » .....	D. Nicolás García Ros
Cabo 2º » .....	D. Ramón Gayol García
Cabo 2º de Artillería .....	D. Andrés Soto Rosanso
Cabo 2º » .....	D. Enrique Trujillo Sánchez
Cabo 2º Torpedos .....	D. Antonio Lunieres Torrome
Cabo 2º » .....	D. José López Solana
Cabo 2º Radio .....	D. José Nadal Bertomeu
Cabo 2º Fogonero .....	D. José Navarro Sogores
Cabo 2º » .....	D. José Valero Martínez
Cabo 2º Electricista .....	D. Bartolomé Hernández Salazar
Cabo 2º » .....	D. Emilio Domínguez Pérez
Cabo 2º Enfermero .....	D. Antonio Sánchez Pérez
Fogonero Especialista .....	D. Diego Vera Valero
» » .....	D. Andrés Muñoes Navarro
» » .....	D. Pedro Castejón García
» » .....	D. Juan A. Asensio Parra
Marinero Especialista .....	D. Sebastián Asensio Méndez
» » .....	D. Antonio Tadeo Roldán
» » .....	D. José Costa Ferrer
» » .....	D. Juan Leal Plaza
» » .....	D. Ángel Pérez Piñero
» » .....	D. Pablo Florit Cervera
» » .....	D. Ramón Cayuelas Robles
» » .....	( <i>superviviente</i> )
» » .....	D. José Sánchez Domenech
» » .....	D. José Franco Sánchez
» » .....	D. Manuel Gómez González
» » .....	D. Enrique Martí Portugués

## TRIPULACIÓN DEL SUBMARINO C-2 AÑOS 1936/1937

1° Comandante: C.C. ....	D. Remigio Verdia Yoly
2° » : T.N. ....	D. Eugenio Calderón Martínez
3° » : A.N. ....	D. José Luis Ferrando Talayero
Auxiliar Naval .....	D. Vicente Aldeguer Jaén
» 1° Electricista .....	D. José Dueñas Vázquez
» 1° » .....	D. Marcelino Solana Crevillén <i>(Comis. Político)</i>
» 2° » .....	D. Diego Pallarés García
» 2° » .....	D. Antonio Garrido Caparrós
» 2° Radio .....	D. Salvador García Vázquez
2° Maquinista .....	D. Celestino Ros Martínez
3° » .....	D. Antonio Fernández Amador <i>(2° Comandante)</i>
3° » .....	D. José Hernández Sánchez
3° » .....	D. Diego Martínez Otón <i>(fallecido en el C-5)</i>
Auxiliar 2° de Máquinas .....	D. Armando Meca Pagán
» 2° » .....	D. Antonio Vilar Ávila <i>(superviviente C-5)</i>
Cabo de 1° Radio .....	D. José Tafallas Dols <i>(superviviente C-5)</i>
» 2° » .....	D. Bernardo Masanet Durán
» Electricista .....	D. Ismael de Andrés Sanz
» » .....	D. José M <sup>a</sup> González Sánchez
» » .....	D. José Velazco Zabala
» » .....	D. Antonio Solana Campillo
» Artillería .....	D. Juan Gordillo Villot
» » .....	D. Carlos Requena Mena
» de Marinería .....	D. Ramón Baños Martínez
» » .....	D. Adolfo Vivancos
» » .....	D. José Navarro Sánchez
» » .....	D. Alfonso Ortiz López
» Fogonero .....	D. Juan Roca Cayuelas
» » .....	D. Diego Angosto Hernández
Marinero Enfermero .....	D. Pedro Huertas Ruiz
» Panadero .....	D. Ignacio Mugarra Jaca
» Cocinero .....	D. Enrique Guerra Alenda
» Carpintero .....	D. Francisco Cots Olmos
» Primera .....	D. Narciso Álvarez Romero
» » .....	D. Nicolás Pérez Gómez
» » .....	D. Aurelio López Cánovas
» » .....	D. Antonio Espadas Pérez
» » .....	D. Francisco Vilariño
» » .....	D. Enrique Montalbán Hernández
» » .....	D. Diego Gallardo
» » .....	D. Ginés García
» » .....	D. Juan Monera Carreras
» » .....	D. Ramón Cayuelas Robles <i>(embarcado Enero 1937)</i>
» Fogonero .....	D. Diego Garrido Valverde
» » .....	D. José López Santamaría
» » .....	D. Antonio Velasco Pardo
» » .....	D. Ricardo Gallego Seña

## PRÓLOGO

Poco o casi nada se ha escrito sobre la actuación de los submarinos españoles en la Guerra Civil de 1936-39, si exceptuamos la obra del Almirante Martín-Granizo y el Contralmirante González-Aller “Submarinos Republicanos en la Guerra Civil”, por lo que cualquier libro o artículo sobre el tema que caiga en manos del lector aficionado a los temas de submarinos, es ávidamente leído y cuidadosamente conservado. Pero la obra que hoy se presenta al público en general, va mucho más allá del simple relato histórico o bélico, porque son las memorias originales de un submarinista que salvó la vida, porque ese era su sino, horas antes de que su submarino, el “C-5”, desapareciese misteriosamente con toda la dotación en aguas del Cantábrico la Nochevieja de 1936.

Siendo Jefe de Estado Mayor de la Flotilla de Submarinos en 1995 conocí, gracias a una afortunada coincidencia, a D. Ramón Cayuelas Robles que desde entonces me honra con su amistad, y que por cierto donará toda ganancia que genere esta obra, a la institución benéfica de Huérfanos de la Armada.

Al enterarme que había escrito las memorias de sus nave-

gaciones en los submarinos “C-5” y “C-2”, manifesté mi interés en conocerlas, ya que adivinaba que tendrían un gran valor para ayudar a deshacer el misterio de la desaparición del primero de ellos en aguas de Ribadesella. Nada más coger el original leí de un tirón sus 180 páginas, pues tal era el gancho del emocionante relato. A lo largo de mis 25 años en el Arma Submarina he podido leer muchos libros e historias sobre submarinos, la mayoría alemanes y norteamericanos, pero faltaba un libro español que relatase hechos reales vividos por un superviviente, y hete aquí que por fin caía uno en mis manos, no menos interesante que la célebre obra “Das Boot”, de Lothar-Gunter Buchheim, llevado a la pantalla con gran éxito con el título “Submarino”.

La diferencia entre la obra que hoy prologamos y la alemana, es que Buchheim era novelista y D. Ramón Cayuelas submarinista, y todo lo que este último cuenta y como lo cuenta, con un estilo espontáneo y sencillo, es como realmente lo vivió y escribió en su juventud. El impresionante relato del hundimiento del “C-5” en las proximidades de Luarca, muestra un episodio real de los riesgos que corrían las dotaciones de los submarinos cada vez que salían a la mar, así como la lucha titánica de toda la dotación desde su Comandante, el Capitán de Corbeta D. José Maria de Lara Dorda, hasta el último marinero, para sacar de nuevo el submarino a la superficie.

El texto es también una muestra fidedigna de la falta de organización y disciplina de los buques del bando republicano, al carecer de mandos cualificados en la mayoría de los casos, viéndose los Comandantes prisioneros de las poco profesionales decisiones de los presidentes de los comités, lo que les llevó a perder la guerra en la mar y en definitiva la guerra, al no poder asegurar sus líneas de comunicaciones marítimas y con ellas los vitales suministros exteriores.

Con todos los submarinos en su poder la República no realizó ninguna acción naval exitosa digna de mención, por el

contrario al llegar al 31 de diciembre de 1936, ya había perdido cuatro submarinos, los “B-5”, “B-6”, “C-5” y “C-3”, este último recientemente localizado en aguas de Málaga a 67 metros de profundidad.

Al acabar la Guerra Civil, de los 12 submarinos con que contaban las Flotillas de Submarinos de Cartagena y Mahón, tan solo quedaban dos operativos, el “C-2” y el “C-4”, de triste memoria este último ya que desaparecería años más tarde con toda su dotación en aguas de Soller, al ser abordado por el destructor “Lepanto” el 26 de junio de 1946, en el transcurso de unas maniobras de la Flota.

“Sobre la tumba de un marino no florecen rosas”, dice una vieja canción de la marina de guerra alemana, y este podría ser el epitafio de todos los submarinistas que se hundieron con su buques a lo largo de la Historia y que hoy descansan en sus ataúdes de acero. Afortunadamente la Guerra Civil respetó la vida de uno de ellos y gracias a su impresionante relato podemos hoy conocer un poco mejor la historia del Arma Submarina Española.

Cartagena, 16 de noviembre de 1998.

Capitán de Navío Jose María Treviño Ruiz.

Comandante de la Flotilla, Jefe de la Base y Director de la Escuela de Submarinos.

## INTRODUCCIÓN

**I**ngresé en la marina de guerra en el mes de julio del año 1934, recién cumplidos los 18 años.

Desde muy joven, mi tío Isidro que había sido oficial de la marina mercante, me inculcó la idea de hacer carrera en la marina de guerra, para ello, según mis aspiraciones, necesitaba un bachiller superior o un certificado de mecánico electricista.

Fallecido mi padre siendo todavía muy niño, mi madre carecía de los medios suficientes para dar estudios a cuatro hijos. Yo elegí aprender mecánica y electricidad cuando a los trece años mi profesor me dijo que él no podía enseñarme más de lo que ya sabía y me aconsejó un colegio de pago que mi madre no podía costearme.

El gerente del hotel donde mi madre era la cocinera, me consiguió una beca para ocupar una plaza en un taller-escuela de mecánica. Durante el día trabajaba y por las noches estudiaba hasta las once que terminaba mi madre su trabajo y nos marchábamos a casa. El gerente se interesó por mí al ver que me gustaba estudiar y me consiguió una beca en las clases nocturnas en el colegio de los jesuitas. Con mucho esfuerzo y sacrificios, a los 18 años ingrese en la marina de guerra con un bachiller superior y

un certificado de estudios y prácticas de electricidad y mecánica.

Durante el período de instrucción en el Arsenal de Cartagena, haciendo deporte, tuve un principio de hernia inguinal izquierda, y hube de someterme a una intervención quirúrgica en el Hospital Militar. Cuando me restablecí, mi grupo había terminado el período de instrucción y me encontré destinado en la Base de Submarinos con insuficiente preparación, por lo que me encontré con algunas dificultades.

El año de 1934, fue un mal año. Los sucesos del mes de Octubre en Asturias dieron lugar a que la nación se encontrara en estado de alerta. Los mineros de La Unión de Cartagena, se solidarizaron con los huelguistas asturianos amenazando sabotajes en las instalaciones militares y las guardias se reforzaron con consignas muy severas. A los ocho días de incorporarme a mi destino, me nombraron la primera guardia de plantón con fusil en la garita situada a pocos metros del cuerpo de guardia. Mi turno de 12 a 2 de la madrugada, la consigna era muy severa: Después del toque de silencio nadie podía circular del Arsenal a la Base de Submarinos y viceversa si no iba acompañado de un número de la guardia provisto de un farol encendido dando el santo y seña cien metros antes de acercarse al puesto de guardia más próximo. Si no se cumplía la consigna, el centinela daría el primer "Alto quien vive", si no se detuviera, se repetiría con el fusil ya cargado y apuntando. Si no respondiera, se daría el último ordenando "Cuerpo a tierra" y si no obedeciera se haría fuego sobre el bulto.

En mi primera guardia, todo era nuevo para mí y por consiguiente había que mentalizarse para cumplir las órdenes al pie de la letra. Aquel invierno fue especialmente duro y desapacible, nos encontrábamos en la primera semana del mes de noviembre, el frío y la lluvia me hacían temblar a esas altas horas de la noche, cuando vi a lo lejos un bulto que avanzaba en la oscuridad hacia mí. Inmediatamente lancé el primer "Alto quien vive", el bulto seguía avanzando, metí la primera bala en la recámara de mi fusil mausel y grité apuntando "Cuerpo a tierra", el bulto al oír el chasquido que producía el mausel al cargarlo, empezó a gritar y se



*Ramón Cayuelas Robles*

tumbó en el suelo en aquel barrizal y agua. Sin abandonar mi actitud de apunten, empecé a gritar llamando al cabo de la guardia, me quedé ronco, pues el cabo se encontraba muy bien al calor de la estufa y de no ser porque lancé una china al cristal no se lo que hubiese pasado, tardó casi diez minutos en salir. Cuando el cabo con un número acudieron al lugar, había un teniente de navío todo enfurecido, cuando llegó a mi altura, se desahogó colmándome de improperios. El cabo fue al calabozo por abandono de servicio, yo había cumplido con la contraseña, pero mi primera guardia sirvió para que mi nombre circulara por la Base como un novato.

Debido al estado de alerta en el que nos encontrábamos, se crearon nuevos puestos de guardia nocturna que montábamos días alternos. Por mi profesión de mecánico electricista, enseguida encontré destino en la sala de motores que alimentaban de electricidad al Arsenal y demás dependencias del recinto militar y dejé de montar guardias de plantón, incluso dormía en la sala de motores por falta de personal, pendiente de algún paro de motores o avería. Pero en el mes de diciembre, el mal tiempo que veníamos padeciendo, dio lugar a una gripe contagiosa que llevó a muchos soldados al hospital y tuve que volver a montar alguna guardia por necesidades del servicio: Una noche me volvió a tocar de guardia en la misma garita del cuerpo de guardia en el turno entre las 10 y la 12 de la noche. El Jefe de la Base D. Francisco Guimerá y Bosch, acostumbraba a regresar entre las 10 y las 11, la guardia de la puerta del Arsenal, solía telefonar comunicándonos su paso para formar la guardia y darle la novedad. La consigna era que el coche del Jefe debía detenerse y el oficial mirar en su interior como medida de precaución por si pudiera ir secuestrado a punta de pistola. Así estaba la situación de seria.

Pero aquella noche, la guardia del Arsenal no telefoneó, se supuso que el mal tiempo había estropeado la línea y a todos nos cogió de sorpresa su llegada. Al ver el coche empecé a gritar "Cabo de guardia", pero el coche se me echó encima y no respeto

mi mano alzada pidiendo el alto, si no me aparto me hubiese atropellado. Consideré la situación de gravedad y no me quedó otro recurso que llamar la atención de alguna manera y se me ocurrió disparar al aire los cinco proyectiles de mi cargador. El chófer paró en seco y al lugar acudieron toda la Base alarmados, el Auxiliar de guardia D. José Sotelo, un hombre de un metro noventa y más de 120 kilos de peso, me arrebató el fusil arrojándome al suelo con todos los improperios que encontró a su alcance. Ante el Jefe se justificaron calificándome de novato, pero D. Francisco con una serenidad impresionante, me justificó alegando que podría haber ido secuestrado ya que su chófer incumplió la consigna. El chófer durmió en el calabozo, no creo que la cosa fuera a más, D. Francisco, era una gran persona.

Este segundo acontecimiento, me terminó de hacer famoso en la Base, para unos fui un chiflado, para otros había cumplido con la consigna. Lo sorprendente era que mi aspecto era más bien tímido y nadie me hubiese imaginado capaz de estas acciones.

Las Navidades de 1934 fueron para no olvidarlas, nadie tuvimos franco para pasarlas en casa, los mineros de La Unión, cada vez más solidarizados con los Asturianos por la contundencia con la que se venía desarrollando la pacificación, amenazaban vengarse cometiendo sabotajes y cuando las cosas se ponían serias, montábamos guardia hasta los amanuenses.

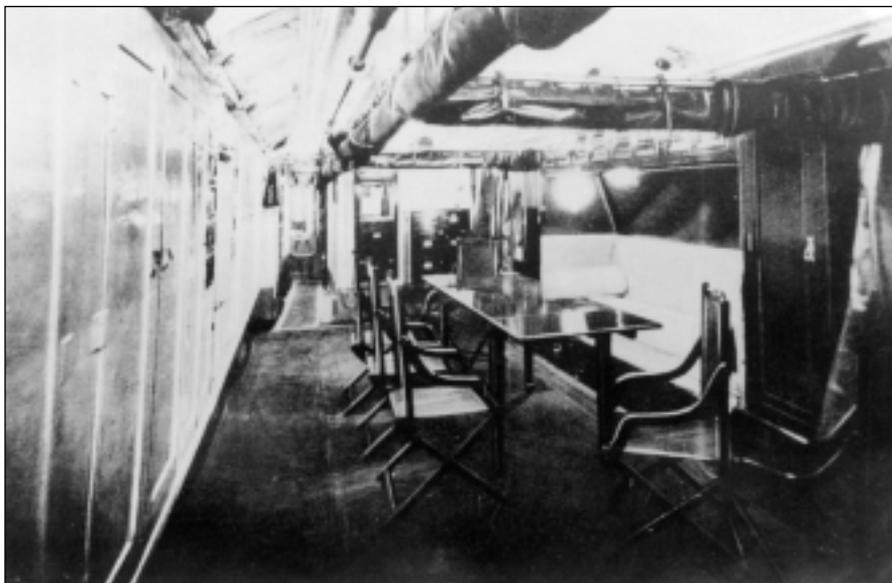
A mediados del mes de enero de 1935, volví a montar guardia de noche. El Auxiliar D. José Sotelo era mi pesadilla, no debí serle simpático por lo que, esta vez me buscó una guardia mas bien propia para un veterano por la responsabilidad. Por aquellos años, la Base de Submarinos terminaba a la espalda del pabellón de oficiales y talleres, separados por un jardincillo de unos 10 a 12 metros de anchura y un muro de unos 4 metros de altura que daba a una zona de campo. Al final del pabellón estaba la sala de motores donde yo tenía mi destino y a continuación la casa del Jefe de la Base. A la altura de la primera planta, había un largo pasillo con vistas al jardín, que era donde se montaba la guardia vigilando el muro y el jardín. Era el único puesto de vigi-

lancia que se montaba con el fusil y la bayoneta calada y dos granadas de mano en el cinto. Mi turno de 12 a 2 de la madrugada, el frío era intenso con un vientecillo nor-oeste glacial sin tener un rincón donde protegerse. A mitad de la guardia, cuando el cansancio y el frío me tenían agotado, tuve la sensación de haber escuchado un ruido extraño en el jardín y como si las hojas de los arbustos se movieran. Por la responsabilidad que ello representaba, no lo pensé dos veces, me puse el fusil a la cara y di el "Alto quien vive", me pareció que las ramas seguían moviéndose y apreté el gatillo vaciando el cargador en aquella dirección, no satisfecho, saqué del cinto una granada de mano y la lance, –era la primera vez en mi vida que lo hacía–. Dominado por la emoción y los nervios, tuve que apoyarme sobre la pared, las piernas no me tenían de pie. No había transcurrido apenas unos minutos cuando acudieron al lugar toda la Base armada hasta los dientes, yo estaba paralizado, D. José Sotelo me hacía preguntas con la velocidad de una ametralladora a las que yo no podía contestar, me zarandeó como un muñeco al tiempo que un puñado de hombres daban una batida por el jardín buscando el motivo de mi guerra particular. Me llevaron al cuerpo de guardia y al calor del fuego pude reaccionar y explicar mi odisea, pero ellos dijeron no haber encontrado rastro alguno que justificara mi alarma. Otra vez fui amenazado, esta vez de que me enviarían a un castillo. Llegó el oficial de guardia y volvió a interrogarme, no se las veces que tuve que contestar las mismas palabras. Sentado en una silla al calor de la estufa, pasé el resto de la noche aguantando las burlas de mis compañeros. El oficial de guardia saliente, entregó el parte al oficial de órdenes de la Base D. José Tapias que enseguida me mandó llamar a su despacho para que le explicara mi odisea, fue muy paciente conmigo por lo nervioso que me encontraba. Lo cierto era que teníamos en la Base tres jefes extraordinarios: D. Francisco Guimerá, D. José Sierra y D. José Tapias. Me propuso que le acompañara para explicarle sobre el sitio lo ocurrido, y cual fue nuestra sorpresa cuando encontramos colgando sobre el muro una gruesa maroma manchada en sangre, la pared también



*Cinta de Lepanto de marinería del Submarino C-5 en recuerdo los compañeros muertos en su hundimiento la noche del 31 de diciembre de 1936 al 1 de enero de 1937. Despedida de año.*

*Foto arch.: Diego Quevedo Carmona.*



*La espaciosa Cámara de Oficiales en el interior de un submarino tipo "C".*

*Foto arch.: Diego Quevedo Carmona.*

manchada, un zapato manchado en sangre debajo de un arbusto y muchas pisadas. Esto aclaraba mi situación y de pronto me convierten en un héroe. Una investigación por personal técnico del Arsenal, dio lugar a un atestado en el que al parecer fueron cuatro los asaltantes cuyo objetivo consistía en sabotear la sala de motores y dejar sin alumbrado todas las dependencias del Arsenal y la Base de Submarinos. De haber destruido aquellos gigantescos motores diesel, se habría causado un gran perjuicio al normal funcionamiento de las dependencias militares y se habría tardado mucho tiempo en reponerlos.

Semanas más tarde, D. José Sierra, segundo Jefe de la Base, durante las leyes penales del sábado, pronunció mi nombre considerándome un soldado que supo cumplir con su deber en momentos difíciles.

## PREÁMBULO

**A**l escribir mis memorias en los submarinos republicanos durante la guerra civil española, no pretendo referirme a la parte técnica, para ello están los especialistas de la marina. Yo tan solo voy a escribir de esas vivencias que llevan consigo la propia guerra, sobre todo esta tan especial como fue la nuestra donde todo valía y las pasiones partidistas fueron muy emocionales a la hora de juzgar a los vencidos.

Tales circunstancias son las que dieron origen a mis memorias de una contienda donde lo más sobresaliente fueron las pasiones desenfrenadas.

Desde los primeros brotes de la revolución, empecé a darme cuenta que la República, con aquel descontrol, difícilmente llegaría a dominar el levantamiento militar y me puse a escribir llevado de mis impulsos pacifistas.

Cuanto voy a narrar son auténticas vivencias de un soldado de marina. No pretendo que estos relatos sean una obra literaria, ya que no es mi profesión ni su finalidad, solamente poner de manifiesto las penalidades y sufrimientos de los vencidos, pues es bien sabido que por lo general, la Historia suelen escribirla los vencedores, pero las aflicciones y amarguras de los derrotados,

solo ellos las conocen y pueden decirlas.

Se ha escrito mucho sobre nuestro conflicto armado, la mayoría de los historiadores hacen referencia a relatos que afectan a los submarinos republicanos, pero parte de la información recibida ha sido desvirtuada confundiendo al historiador, lo que da lugar a confusión en los lectores.

De lo que he podido leer sobre los submarinos republicanos, encuentro información que no coincide con la de mis memorias, y antes de decidirme a escribir, he investigado en algunos Archivos Históricos de la Marina buscando datos que puedan apoyar mi exposición, los cuales acompaño para que el historiador que se considere afectado, pueda comprobar y juzgar.

Voy a relatar mis memorias, tal como las viví, sin apasionamiento, ello no me impide reconocer que hubo momentos en los que me rebelé contra actos inhumanos de uno y otro bando que los cometieron, como asesinatos de personas indefensas, y los apabullantes bombardeos sobre ciudades abiertas por los aviones alemanes y buques de guerra, al servicio de los nacionales. Nuestra mal llamada guerra civil, se convirtió en guerra internacional por la masiva intervención extranjera. Tenemos varios tristes ejemplos: El bombardeo sobre Guernica por la aviación alemana. El aplastante bombardeo sobre el cinturón defensivo de Bilbao y los pueblos ribereños de la ría, eso fue algo histórico en los anales de la aviación en una guerra hasta esas fechas, donde más de un centenar de aviones en turnos rotativos estuvieron machacando hasta desalojar al adversario. Esa nueva táctica de guerra inventada por los alemanes, fue aplicada sobre otros frentes de batalla y ciudades en retaguardia.

Pero la guerra de España ya terminó y no son momentos para hablar de causas y efectos ni de vencedores ni vencidos. Es el momento para la reflexión y para la historia. Por todo ello quisiera hablar de lucha, si, pero sin ningún triunfalismo. Contar al lector las luchas vividas y como las viví, no para la gloria de nadie, sino para las nuevas generaciones, pues en las guerras, se gane o se pierda, todo es dolor y tragedia. Todavía no he podido

olvidar aquel interminable éxodo de familias que abandonando cuanto poseían en sus hogares, huían de los horrores de las bombas para intentar salvar a sus hijos.

Quiero hacer hincapié en mi neutralidad, manifestando que no guardo rencor a los que defendiendo sus ideales, me atacaron a mi juicio equivocadamente. Deseo hacer saber, que cuando deserté del submarino C-2 en Saint Nazaire (Francia), no lo hice guiado por ningún interés político, sino por el acoso constante del que fui objeto por parte del fogonero Diego Angosto, al que no obstante le reconozco el mérito de haber salvado para la República el submarino C-2 con riesgo de su vida, cuando fue asaltado por un comando nacionalista en la bahía de Brest a mediados del mes de septiembre de 1937.

Al igual que otros historiadores, reconozco el valor que tuvieron los oficiales que mandaron los submarinos republicanos con su pasividad en la lucha resistiéndose a atacar a buques nacionalistas. El General Franco, tuvo en estos oficiales, unos buenos y valiosos aliados.

Lo que no comparto, es la opinión de algunos historiadores, alegando que dichos oficiales, con ciertas actuaciones, como la de hundirse intencionadamente con su submarino, hicieron honor a las mejores tradiciones de la Armada. Yo ignoro que sea un honor en la Armada, que un Comandante de submarino, se hunda voluntariamente con toda su dotación por un ideal político. Con esa teoría, estamos imitando a aquellos que al principio de la revolución ENROJECIERON SUS MANOS CON SANGRE INOCENTE asesinando a personas indefensas en el Vapor España n° 3, en Cartagena.

Yo quiero romper una lanza por aquellos Comandantes de submarinos republicanos, que defendiendo sus principios evitando atacar a buques nacionalistas, incluso a Óscar Scharfhausen al entregar el submarino B-6, pero salvando a su dotación de hundirse con él.

Dudo mucho que el Comandante D. José de Lara, se hundiera voluntariamente con el submarino C-5 sacrificando a toda su

dotación. D. José fue un hombre profesional, católico-creyente y honrado en su profesión. Admito que él no quisiera perjudicar sus ideales atacando a buques nacionalistas -lo mismo que hicieron los demás comandantes-, pero tampoco quiso asesinarlos ni dejarnos morir voluntariamente, como relato en mis memorias.

En cambio admito noblemente, que su familia defendiera con todas sus energías la rehabilitación de su nombre en la marina nacionalista -hoy Marina Nacional, algo que no debió ser necesario en el caso de los comandantes que mandaron los submarinos republicanos y siguieron las consignas de no atacar a buques nacionalistas por los méritos que ello conlleva.

Se le ha dado demasiado crédito a la versión sobre el hundimiento del C-5 por su Comandante. Habría que haber vivido la guerra -como yo la viví- en ese submarino para poder darse una idea lo difícil que le hubiese resultado a cualquier comandante hacer uso de cualquier arma o utensilio para llevar a efecto dicho atentado. Ha de tenerse en cuenta que el comandante de un submarino, se limita a dar órdenes y manejar el periscopio, no toca palancas de mando, cualquier objeto en sus manos podría ser sospechoso, de sobra se sabía que no eran proclives a colaborar con la República. La torre de mando era su puesto de trabajo, lugar muy iluminado donde trabajaban mínimo seis personas, y en el puente navegando en superficie, eran cuatro personas en unos espacios que se están tocando. Cualquier falsa maniobra que se pretenda realizar desde el puente, inmediatamente podría ser anulada desde la cámara de mando por los que allí trabajaban.

La única manera para que un comandante pueda tener la mínima posibilidad de hundir o entregar un submarino navegando, es lo que utilizó Óscar Scharfhausen: Cuando el enemigo se encuentre a la vista mirando por el periscopio, mandar soplar y una vez en superficie avistado por el enemigo, ya resulta muy difícil poder escapar de las cargas de profundidad o de su artillería. Pero ese sistema no era tan fácil en nuestra guerra donde las dotaciones no se fiaban de sus mandos y antes de mandar soplar, el comité miraba por el periscopio. Esa traición le hubiese costado

la vida al comandante en el acto. Pienso que Óscar Scharfhausen, tuvo mucha suerte, si es que las cosas ocurrieron como nos las han contado.

¿Por qué otros comandantes no se han hundido con su submarino en la guerra?

P: Porque no representa un honor asesinar a su propia dotación.

2º: Porque la vida es muy hermosa para conservarla, pudiendo servir a sus ideales por otros medios mas nobles. Una guerra ni se gana ni se pierde porque un comandante se hunda con su submarino.

3º: Porque en nuestra guerra, ese sistema que le atribuyen al Comandante Lara, no hubiese dado resultado positivo.

Como submarinista que fui del C-5, conocí bastante bien al Comandante Lara y no puedo aceptar que primero nos sacara ileso del combate con los bous y el Velasco y más tarde hundidos a 85 metros de profundidad, nos arrancara de las entrañas del mar, para meses después hundirse voluntariamente asesinando a toda su dotación. Eso no lo podía hacer un militar como D. José de Lara, cuyas creencias religiosas no se lo hubiesen permitido.

Pero en nuestra guerra, como en la política, nunca se estaba libre de que le adjudiquen a una persona actos que puedan justificar una causa: Un Jefe de Gobierno Vasco de la época, dijo de mi Comandante D. José de Lara, que era un cocainómano vicioso y libertino, de conducta licenciosa. Y es que de los políticos de la época, todo se podía esperar cuando las cosas no les salían como deseaban o hubiesen deseado, por los muchos errores que cometieron durante la guerra.

Conservo un grato recuerdo del T.N. D. Antonio Ruiz González, que fue segundo comandante del C-5 en los inicios del levantamiento militar. D. Antonio Ruiz, fue adicto a la República y apoyado por la revolución para ocupar el cargo de Jefe de la Base Naval Principal de Cartagena y a continuación confirmado en el cargo por el Gobierno de la República con rango de Vicealmirante -lo que no dejaba de ser una incongruen-

cia militar-. Pero D. Antonio Ruiz, no fue un revolucionario, fue un republicano fiel a su Gobierno.

Hasta el día 22 de agosto de 1936, que me hice a la mar en el submarino C-5, permanecí en contacto con D. Antonio Ruiz en Capitanía General sirviéndole de enlace en la calle ante la gran confusión que existía en Cartagena en aquellos inicios de la revolución donde la inseguridad ciudadana alcanzó cotas muy peligrosas. Me consta que D. Antonio Ruiz, pasó momentos muy difíciles en los que se sintió impotente para frenar actos reprobables como los asesinatos de Jefes y Oficiales en el Vapor España, número 3. Gracias a su serenidad, pudo resistir aquellos principios ante unos políticos pletóricos de poder revolucionario. Poco a poco fue dominando la situación y llegó a ser respetuoso con aquellos oficiales detenidos en cárceles, ofreciéndoles algún cargo de responsabilidad que les permitió salvar su vida. Un ejemplo de su conducta lo tengo en el Coronel Intendente D. Pedro Portau, detenido el día 20 de julio con los demás jefes y oficiales de la Base de Submarinos, acusado de llevar dos granadas de mano para apoyar el levantamiento militar. Mi súplica a D. Antonio Ruiz, fue atendida y D. Pedro quedó en libertad provisional hasta posterior juicio del que también salió en libertad sin cargos, separado del servicio. Por lo menos salvo los primeros momentos librándose del Vapor España n° 3 y no corrió la triste suerte de muchos de sus compañeros detenidos el mismo día.

La guerra me trajo muchos momentos de peligro y sufrimientos de los que siempre salí airoso, pero nunca tuve miedo en la mar, ni siquiera en los momentos más difíciles. Tampoco tuve ansias de matar o destruir. Participé en la guerra como lo hicieron infinidad de jóvenes que en esos momentos cumplían un deber con la Patria incorporados en el Ejército de Marina. Cuando el C-5 se hundió, todavía no comprendo la suerte que tuve en salvar mi vida, había dejado el submarino en contra de mi voluntad con lágrimas en los ojos en el momento de soltar amarras para hacerse a la mar la misma noche que se hundió, como relato en mis memorias.

Escribir lo que fueron las actuaciones y vivencias de los submarinos republicanos en la guerra de España, no es tan sencillo a

menos que se haya vivido. Si tenemos en cuenta de que es un arma silenciosa cuya eficacia consiste en el ataque por sorpresa, empezamos porque cuando se sale a la mar, ni el mismo comandante conoce la misión encomendada hasta que no hemos salido a mar abierta. A partir de ese momento, el cuaderno de bitácora da cuenta de los pormenores de la navegación. Pero nunca podrá reflejar las impresiones de su dotación, los sobresaltos, las tensiones frente al enemigo, lo que se siente cuando te detecta y persigue, los efectos de las cargas de profundidad, las horas interminables tratando de escapar, las averías que se producen y que hay que reparar sobre la marcha. La dotación de un submarino debe estar bien preparada para afrontar todas estas situaciones con serenidad si quiere sobrevivir. Y si se lo traga el mar, se lleva consigo todos sus secretos y vivencias.

El submarino C-5, fue el que más le tocó vivir activamente la guerra de España. Yo tuve la suerte de sobrevivir y poder relatar unos hechos nunca vividos hasta ahora por un submarino español, que se puedan dar a conocer.

Mi paso por el submarino C-2, fue muy diferente. Ya en el año 1937, los submarinos habían perdido casi toda su efectividad para la lucha y no se salía a la mar en busca del enemigo, sino a ganar tiempo, la guerra en el norte había sido un fracaso y se daba por perdida, ahora tan solo se pensaba en mantener el buque en forma con vistas a una larga travesía hasta Cartagena, que era la única base a la que podríamos y deseábamos llegar.

El comandante D. José Luis Ferrando, lo tuvo fácil con una dotación cansada. Los problemas que tuvimos no fueron bélicos sino de supervivencia. Cada día íbamos teniendo menos puertos donde refugiarnos: Recuerdo una de aquellas salidas a la mar, en la que cansados de dar tumbos, nuestro comandante le preguntó al presidente del comité D. Marcelino Solana, ¿Qué hacemos ahora?, y este le contestó, ¡Vamos a pasar la noche en Ribadesella que la dotación pueda dormir tranquila!. Atracamos en aquel diminuto muelle de pescadores y a la mañana siguiente cuando despertamos, nos encontrábamos varados por la baja marea.

Cuando ocurren estas cosas en un buque, es porque se piensa muy poco en la guerra. ¿Qué hubiese ocurrido si el Cervera u otro buque enemigo se hubiese apercibido de la situación?. Las odiseas para el C-2, llegaron a partir del día después que se perdiera Santander, como relataré en su momento.

## LA REVOLUCIÓN: BASE DE SUBMARINOS

**L**os hechos ocurridos en la Base de Submarinos durante los primeros días del levantamiento militar en Cartagena, se sitúan entre el viernes, 17 al 20 de julio de 1936, lunes. A partir de esas fechas, la situación estaba dominada por los seguidores de la República.

En aquellos años los militares no teníamos derecho a voto, lo que daba lugar a que una gran mayoría –en particular las clases subalternas– no se interesaran por los problemas nacionales. En la Base, durante los primeros chispazos hubo mucha ignorancia en este sentido de lo que se avecinaba, en cambio la oficialidad estuvo más al corriente.

El Viernes, 17 de julio, se empezó a observar un movimiento de Jefes y Oficiales poco acostumbrado, cuyo punto de reunión lo tenían en el comedor de oficiales. A la marinería, que yo supiera, nos pasó bastante desapercibido. Tan solo a la hora de la cena, cuando D. José Luis Ferrando, oficial del submarino C-5, me llamó para ordenarme que estuviera atento a la cabina telefónica, para una llamada que estaba esperando. Ya después de la cena, se

recibió esa llamada para mi comandante D. Antonio Amusategui, que motivó reforzar la guardia en toda la Base. A partir de ese momento empezaron a llegar algunos Jefes y Oficiales que se encontraban fuera de las dependencias militares. Bien avanzada la noche, los oficiales permanecían todavía reunidos en el comedor. Yo seguía en la cabina telefónica por orden de mi oficial, cuando se recibió la orden de alistar todos los submarinos disponibles para hacerse a la mar por la mañana.

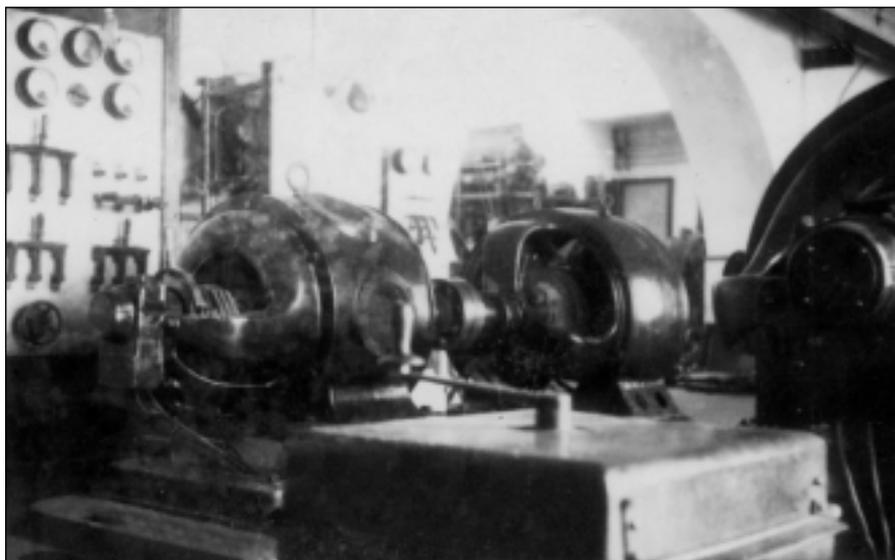
El sábado 18, a media mañana, se hicieron a la mar los submarinos C-1, C-3, C-4, C-6 y B-6. El B-5, quiero recordar que se encontraba en la mar. El C-5 reparaba averías en el dique flotante y el C-2, no pudo alistarse esa mañana pero lo hizo pocos días después. Todos los submarinos se hicieron a la mar a las órdenes del Jefe de la Flotilla D. Francisco Guimerá y Bosch. Fue una novedad y una incógnita para la mayoría ver salir casi toda la flotilla tan inesperadamente, pues en la base poco o nada se sabía de los acontecimientos que se estaban fraguando. Por ser sábado, los casados y los que disponían de pases especiales, prestaban más atención a que se celebraran las Leyes Penales para marcharse a casa, que a otra cosa. Pero la sorpresa surgió cuando nuestro segundo D. José Sierra Carmona, anunció al personal que los pases, por el momento quedaban suspendidos hasta nueva orden. Lo que significaba que estábamos acuartelados, levantando toda clase de sospechas. La noticia salió a la calle, y si lo que deseaban era evitar comentarios, fue peor el remedio que la enfermedad.

Aquella mañana, me llamó a su camarote nuestro 2º comandante del C-5, D. Antonio Ruiz González, que apenas llevaba en su cargo dos semanas. Con aspecto grave, pero sereno me dijo que iba a permanecer ausente algunos días, pero que me llamaría por teléfono para decirme a donde debía llevarle su sable y un pequeño maletín que me mostró. Recuerdo que el sable lo escondió entre el somier y el colchón de su cama.

Aprovechando un pase especial como estudiante, que me había concedido nuestro 2º, D. José Sierra hacía algún tiempo para asistir a unas clases en una academia particular, por la tarde salí a



*Base de submarinos, Cartagena, 1935.  
De izquierda a derecha: Cayuelas, Ríos, Lafont y Sellés.  
Foto arch.: Ramón Cayuelas Robles.*



*Base de submarinos, sala de motores que suministraba fluido eléctrico a la Base y Arsenal.  
Foto arch.: Ramón Cayuelas Robles.*

la ciudad como de costumbre. De la noche a la mañana, todo había cambiado en la puerta del Arsenal donde un riguroso control preguntaba hasta el objeto de la salida. Allí se habían dado cita los familiares de aquellos cuyos pases habían sido suspendidos, estaban acompañados por representaciones sindicales, me dio la impresión de una manifestación. En el interior del Arsenal vi armas automáticas discretamente camufladas en puntos estratégicos.

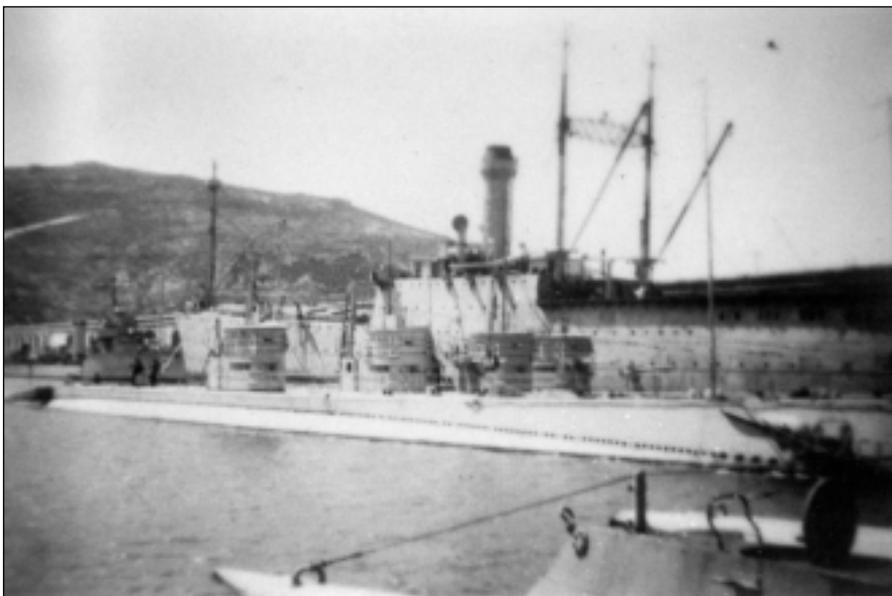
Mis tíos vivían en la calle Villamartín, a menos de cien metros del Arsenal, desde donde se podía presenciar el movimiento de gente que allí se dirigía y me aconsejaron que me quedara, pues Cartagena empezaba a movilizarse. En la Base Aeronaval de San Javier y Los Alcázares, se estaba luchando. Pero yo me sentía más seguro en mi destino de la Base de Submarinos y me marché. Al doblar la esquina con la Plaza del Rey, me encontré con el Coronel Intendente D. Pedro Portau, amigo de mi familia. También me aconsejó que no andara por la calle y entrara en la Base enseguida que la situación no estaba como para pasear.

Domingo, 19. Hasta mediodía estuve pendiente del teléfono por si me llamaba mi segundo. Ya avanzada la mañana, tuvo lugar el primer chispazo de la revolución en la Base de Submarinos: El fogonero Dionisio Marchante, inesperadamente atacó al T.N. Ángel González descargando su pistola sobre él, resultando muerto en el acto. Al ruido de los disparos acudieron el oficial de guardia T.N. Guillermo Scharfhausen y el auxiliar de guardia José Sotelo, que con otros oficiales persiguieron a Marchante que huyendo pretendió refugiarse en la fosa del C-5 -que había salido de dique-, donde fue alcanzado, acorralado y herido de muerte a tiros por sus perseguidores.

Este incidente tan lamentable, dio lugar a diversidad de opiniones entre subalternos y oficiales hasta el extremo que tuvo que intervenir el Contraalmirante del Arsenal D. Camilo Molins para restablecer la situación formándolos a todos y arengándoles con un discurso patriótico que no convenció a ninguno de los dos bandos, a juzgar por los comentarios acalorados que se sucedieron.



*Perspectiva de la Base de Submarinos, Cartagena, año 1935.  
En el centro el Submarino Isaac Peral. - Foto arch.: Ramón Cayuelas Robles.*



*Cartagena, Flotilla de Submarinos tipo "C". Al fondo el Portaaviones Dédalo. Año 1935.  
Foto arch.: Ramón Cayuelas Robles.*

Con este ajuste de cuentas se corre la alarma por Cartagena de que la marinería del Arsenal y la Base de Submarinos se encontraba en peligro, incluso se exagera diciendo que los pretenden asesinar, y esa misma mañana se suceden en la ciudad multitud de manifestaciones de todo tipo en contra de los militares y todo aquel con antecedentes de derechas, o sea, que ha estallado la revolución social. Sindicatos y obreros hacen causa común y un odio mortal empieza a hervir hasta el punto que la primera víctima se cobra en un pobre hombre con antecedentes de alcohólico, apodado “El Chipé”, que se había manifestado a favor de los militares, fue perseguido, apaleado y muerto, el odio se desborda y llegan al extremo de atar su cadáver con una cuerda y arrastrado por un camión cargado de locos lo exhiben por la ciudad. Todo producto de mentes calenturientas desbordados por la pasión, que poco tenía que ver con el levantamiento militar en Melilla por el General Franco.

Lunes, 20. En la madrugada de ese día, la suerte estaba echada, la radio difundía la noticia de la sublevación de la tripulación del destructor Almirante Valdés contra sus mandos al que posteriormente le siguieron otros buques de la escuadra.

A las ocho de la mañana, me llamó por teléfono mi 2º D. Antonio Ruiz para que le llevara su maletín y el sable al muelle donde estaba atracado de proa. También había dos destructores más. El muelle y toda Cartagena, era una fiesta, me refiero a las clases sociales, que celebraban el triunfo de la República frente al levantamiento militar. Lo primero que me preguntó mi 2º, fue las novedades que hubieran por la Base y el Arsenal, le contesté que la única el incidente del T.N. Ángel González y el fogonero Marchante, pero ya estaba enterado. Me pidió que regresara a la Base y le tuviera al corriente de las novedades, que le encontraría en Capitanía General. Antes de dirigirme al Arsenal, me dí una vuelta por Cartagena guiado por la curiosidad de aquel ambiente nunca conocido tan impresionante, terrorífico, diría yo, tan sólo se hablaba de muerte a los fascistas. Hubo un momento que algunos exaltados prendieron fuego dentro de la iglesia de Santa María,

pero fueron más los que lograron extinguir el fuego, pero lo que no consiguieron fue evitar que algunas imágenes las cargaran en camiones descubiertos y las pasearan por la ciudad. Aquel ambiente me dio mucho miedo y regresé enseguida a la base que era donde más seguro me sentía pese a cuanto se había propagado el respeto.

A poco de rebasar la puerta del Arsenal, vi a D. Pedro Portau que caminaba delante de mi, cuando el oficial de la guardia le saludaba, aceleré el paso y le alcance, iba en mi misma dirección hacia la base, donde solía ir con frecuencia los fines de semana. Como otras veces que me he encontrado con él, pasó su brazo por mi hombro con gesto amable y me preguntó como iban las cosas, pero yo no me ocupaba de la política y contesté que bien. Añadí que la oficialidad permanecía tranquila en el pabellón esperando el desarrollo de los acontecimientos con serenidad.

Aquella mañana, el exceso de prudencia del Contraalmirante Molins, cuando los sindicalistas insistieron de entrar al Arsenal para comprobar que a la marinería no le pasaba nada, y les abrió las puertas, fue el pistoletazo que dio lugar a la detención de todos los Jefes y Oficiales del recinto militar. Lo primero que hicieron fue vaciar los pañoles de armas y hacerse con ellas. En mi opinión, tan solo debió permitir la entrada a una comisión restringida.

A la Base de Submarinos llegó la horda sobre el mediodía entre las 12 y la 1, en número aproximado entre ochenta a cien personas. En esos momentos, D. Pedro Portau me invitaba a tomar café en el comedor de oficiales y hablábamos sobre las próximas vacaciones, cuando empezamos a escuchar el rumor que producían los revolucionarios con sus vivas a la República y muera el fascismo. Nos asomamos por la ventana del zaguán de la cocina, todos los Jefes y Oficiales hicieron lo mismo esperando su llegada en silencio, venían armados con algunas armas de fuego, pero en su mayoría elementos rudimentarios. Habían muchos más civiles que militares, marinería muy poca y algunos subalternos. Se situaron delante de la puerta principal del pabe-

llón, donde se encontraba el pañol de armas y munición. Tan solo llegar empezaron a accionar los brazos puño cerrado con gestos amenazantes de mueran los fascistas y vivas a la República, al tiempo que pedían armas para luchar. El oficial de guardia, bajó por la escalera principal y desde el portal les pidió calma, al tiempo que decía que allí no pasaba nada y que debían serenarse, en cuanto a las armas, que tuvieran en cuenta que para entregarlas necesitaba una orden superior.

Yo había sentido curiosidad y por la escalera de servicio, bajé en cuatro zancadas y me coloqué detrás de los manifestantes subido en un pilón para enterarme mejor. Como las razones del oficial no les satisfizo, uno de los cabecillas empezó a pedir armas a voces para defender a la República y volviéndose hacia los que le seguían con los brazos en alto, repitió varias veces: ¡A POR LAS ARMAS!, acto seguido se abalanzaron en tromba al zaguán del pabellón derribando al oficial y al centinela, se dirigieron al armario de cristal donde se guardaban las llaves del pañol y lo vaciaron.

Ante tanto tropel, subí corriendo al pabellón haciendo uso de la escala de hierro situada sobre el muro hasta la cocina de oficiales, llegué donde se encontraba D. Pedro, que como todos los Jefes y Oficiales no daban crédito a lo que estaba sucediendo, aquello era un auténtico motín y le aconsejé a D. Pedro que se marchara por la escalera de servicio que daba al jardín, pero el entendía que no tenía por que huir, los que lo intentaron fueron detenidos.

Tan pronto como los asaltantes se hicieron con las armas, invadieron el pabellón escaleras arriba como río que se desborda, reteniendo a cuantos Jefes y Oficiales se encontraban a su paso sin atender sus requerimientos. Fueron momentos de verdadera angustia, aquellos amotinados habían perdido el control de sus cabecillas y actuaban cada uno guiado por sus propios instintos, en sus rostros endurecidos se apreciaba la pasión con la que actuaban. El menor gesto de resistencia hubiese sido catastrófico.

Todos esperaron impasibles la llegada de la horda, ninguno intento defenderse, yo temía por el Comandante D. Javier de Sala

que era un hombre impetuoso, de carácter fuerte y que con frecuencia solía ir armado con su pistola de reglamento, supongo que en ese momento no la llevaría, hubiese sido su muerte.

Entre los detenidos se encontraba D. Pedro Portau, que fueron empujados con la punta de sus armas sin ninguna consideración hasta el salón de actos donde fueron encerrados y custodiados por un centinela con fusil a bayoneta calada.

Cuando la calma pareció reinar, ya que no hubo derramamiento de sangre, yo intenté asomarme donde los tenían encerrados para tratar de ver a D. Pedro y darle ánimos, él intentó acercarse a mí en aquel estado de nerviosismo para decirme algo, pues les acusaban de resistencia armada a la República, nada más lejos de la realidad, se habían entregado como corderos, otra cosa sería lo que ellos pensarán sobre la revolución. El caso fue que el centinela frenó a D. Pedro con la punta de la bayoneta, luego dirigiéndose a mí, me dijo: ¡A tí también habría que encerrarte con ellos!. Estábamos viviendo momentos de gran tensión y no comprendo como me atreví a entrar en aquel cuarto-prisión, fue una temeridad que solo lo justifica el cariño que yo tenía a D. Pedro.

El dramatismo de aquella mañana quedó grabado en mi mente como un hecho insólito, no era necesario tanta humillación para arrestar a unos hombres que en ningún momento ofrecieron la menor resistencia.

Aquí terminó la última oportunidad para que el levantamiento militar triunfara en Cartagena.

Siguiendo las instrucciones de mi segundo D. Antonio Ruiz González, a la mañana siguiente, me presenté en Capitanía General, yo ignoraba el cargo que desempeñaba y cual fue mi sorpresa cuando supe que ocupaba las funciones del Vicealmirante Jefe de la Base Naval Principal de Cartagena, que hasta hacía muy poco él había sido ayudante del propio Vicealmirante Márquez Román.

Me hicieron rellenar una ficha con el objeto de mi visita, la espera no fue muy larga teniendo en cuenta la cantidad de personas que esperaban ser recibidas. Era la primera vez que yo pisaba

aquel salón lujosamente decorado y que en esos momentos estaba abarrotado de gente sencilla sin uniforme militar y con insignias revolucionarias.

D. Antonio empezó llamándome por mi apellido con bastante sencillez, le dije que me presentaba conforme me había ordenado el día anterior para informarle sobre los hechos ocurridos en la Base, me autorizó a sentarme y no me interrumpió hasta que terminé. Luego con mucha serenidad me dijo que los informes que él había recibido, eran de que había habido resistencia armada por parte de algunos Jefes, incluso los había que iban provistos de granadas de mano que no les dio tiempo a utilizar. No pude evitar un gesto que pudo haberlo interpretado de indisciplina, me levanté de la silla y protesté enérgicamente al tiempo que le decía que no tenía sentido, pues de haber querido defenderse, tuvieron a su disposición el pañol de armas que más tarde vaciaron los asaltantes.

Cuando le hablé de D. Pedro Portau pidiéndole que hiciera lo que pudiera por él, me contestó que precisamente estaba acusado de llevar dos granadas de mano. Volví a insistir que con el pañol de armas a su disposición, pudo haber dispuesto de armas más ofensivas que las dos granadas, que el único que llevaba su arma reglamentaria era el oficial de guardia, que por favor que me creyera, que había sido testigo de los hechos desde el primer momento hasta el final. Yo que siempre más bien fui tímido y respetuoso con mis superiores, no comprendió como me atreví a levantar la voz. Al marcharme tuve la impresión de que aceptaba mi versión, pues me acompañó hasta la puerta de su despacho con bastante amabilidad, y me dijo que no dejara de ir cuando tuviera alguna información bien de la Base como de la calle, yo le había manifestado mi preocupación por la gente nueva que había llegado a la Base que no conocía y llamó a D. Gonzalo ordenándole que me hiciera un salvoconducto como perteneciente al servicio de Capitanía General D. Gonzalo, era el contraamaestre de la conserjería de Capitanía General con residencia allí mismo.



*Foto arch.: J. Montoro Fort.*



*Dos instantáneas de la Escuadra y Flotilla de Submarinos en Santa Cruz de Tenerife, durante las últimas maniobras navales durante la II república, en las que participé. Mayo de 1936. Poco antes del levantamiento militar del General Franco. Foto arch.: Ramón Cayuelas Robles.*

## EL PATRIOTISMO DE LOS VOLUNTARIOS

**A**l día siguiente, en la Base de Submarinos, aquellos hombres que con tanta exaltación se manifestaron, seguían haciéndolo como si un virus hubiese penetrado en su cuerpo. Cada uno de ellos trataba de situarse en el lugar de la revolución al que aspiraba. Los más radicales aparecieron como organizadores de comités, luego estaban los que simplemente querían justificarse con los hechos, dando su aprobación a todo y lo hacían tratando de fascistas a los detenidos. Finalmente estábamos aquellos que no entendíamos nada de lo que ocurría, y más que otra cosa estábamos asustados.

Pronto apareció el patriotismo de los voluntarios para salir a luchar, nos formaron delante del cuerpo de guardia: ¡¡Los que quieran ir a luchar a Albacete a defender a la República, que den un paso al frente!! En Albacete, falangistas y guardia civil, hicieron causa común con el levantamiento militar. Aquellos que fueron voluntarios, algunos días más tarde regresaron triunfantes y para ellos fueron los cargos de más responsabilidad, se habían consagrado como personas de confianza y ocuparon los puestos en comités y vigilancia en la ciudad y dependencias militares,

patrullaban llevando una insignia-brazaletes en el brazo y un gran pistolón cogido con una correa a la cintura. Aquello empezó a ponerse peligroso, algunos abusaron de su cargo y las enemistades y antipatías de antes de la revolución, dieron lugar a detenciones de personas que nada tenían que ver con la actual situación y lo pasaron bastante mal: Yo tenía un paisano y amigo de la infancia que se llamaba Vicente Gálvez, era un gran muchacho, pero la política lo volvió loco, fue uno de los primeros en ir voluntario a todas partes y se mostró muy activo en defensa de la República, cosa natural que hubiesen buenos patriotas, pero se emborrachó demasiado con la revolución y los amigos empezamos a tenerle miedo. Un día, haciendo uso de nuestra gran amistad, se me ocurrió decirle, que para ser un buen patriota no era necesario ser tan radical. Sacó su pistolón, me lo puso en el pecho, tiró del gatillo y me dijo: ¡De no ser paisanos y amigos de toda la vida, lo ibas a pasar muy mal!. Esto me sirvió de experiencia para no inmiscuirme en asuntos de nadie en toda la guerra. Poco tiempo después, mi submarino se hizo a la mar y ya no volví a ver a mi amigo Vicente, cuando acabó la guerra, supe que lo habían fusilado los nacionales.

Había terminado el mes de julio, nos encontrábamos en la primera semana del mes de agosto de 1936, la revolución ya era un hecho y el levantamiento militar también y los frentes de batalla cambiaban a cada momento, las cosas no estaban muy claras para la República, las tropas legionarias empezaban a avanzar hacia Madrid, la radio nacionalista anunciaba cada día el paso de más tropas regulares a la península. Yo había ido a visitar a D. Antonio Ruiz para asuntos de nuestro submarino C-5 que pronto debería salir a la mar, al tiempo que le comunicaba las novedades de la vida ciudadana. Tuve la impresión de que se sentía aislado: En la ciudad de Cartagena reinaba un desorden nunca conocido, los sindicalistas patrullaban armados por las calles como una policía militar, su indumentaria en mangas de camisa o con monos de mecánico denotaban la anarquía en la que se vivía. Las mujeres con ropas de miliciana formaban parte de esas patrullas

de salud pública, que significaba algo así como limpiar la ciudad de fascistas. Este trabajo lo hacían todos los partidos políticos revolucionarios con poder independiente los unos de los otros, ellos arrestaban u ordenaban aquello que consideraban justo según su criterio. Alimentaban la revolución a cada momento con cánticos patrióticos donde no faltaban los mueras al fascismo.

Cada partido luchaba por el poder político y su slogan principal consistía en perseguir a los enemigos del pueblo o de la República. Mientras los nacionales avanzaban en todos los frentes sin encontrar la menor resistencia. Por su actitud entendí que estaban ayudando al enemigo. Faltó cerebro y sobró corazón. Era evidente que si los mandos civiles y militares adictos a la República hubiesen podido dominar la REVOLUCIÓN social obrera, lo más probable habría sido que los asesinatos no se cometieran y muchos militares hubiesen podido ser recuperados para mandar la escuadra.

El día 15 de agosto de 1936 –día inolvidable en Cartagena–, solo en el mercante España n° 3, asesinaron a unos 150 Jefes y Oficiales. Cuando las autoridades pudieron frenar a los revolucionarios, ya era demasiado tarde para que los que quedaron con vida, desearan ser leales a la causa republicana. Los que aceptaron puestos de mando o de responsabilidad, solo lo hicieron para salvar sus vidas, al tiempo que ayudaban a los nacionales con su pasividad en sus cometidos.

## EL SUBMARINO C-5 SALE A LA MAR SIN COMANDANTE PROFESIONAL

**E**n este ambiente de anarquía nos encontrábamos en el C-5 a primeros del mes de agosto, con nuestro Comandante preso en el Vapor España nº 3, perdía también a todos los oficiales, siendo su 2º el T.N. D. Antonio Ruiz González, destacado defensor de la República, designado para mandar la Capitanía General de la Zona Marítima de Cartagena. Tal había sido el corrimiento del escalafón, pues ese destino correspondía normalmente a un Vicealmirante. El A.N. D. José Luis Ferrando Talayero, oficial del C-5, que salió a la mar el 18 de julio en el C-6, se encontraba detenido en Málaga. El 2º maquinista D. Eusebio Fernández Vázquez, había tomado el mando de dicho submarino C-5. El también maquinista D. Miguel Gutiérrez Pérez, tomaba posesión de la Comandancia General del Arsenal –que correspondía a un Contraalmirante–. El auxiliar de electricidad D. Miguel Vázquez, tomaba posesión de la 2º Comandancia. El auxiliar radio D. José Porto Vigo, ocupaba el cargo de Jefe de los Servicios Económicos de la Flotilla de Submarinos y Presidente del Comité del C-5. Todos ellos con un gran poder político-sindical en Cartagena en aquellos inicios de la revolución, por lo que alistar al C-5 para

que pudiera salir a la mar, resultó de lo más complejo y polémico.

La confusión que reinaba en aquellos principios para encontrar mandos, después de los que habían asesinado o encarcelado, es imaginable, no se sabía de un día para otro qué submarino disponía de comandante y cuales no, lo que dio lugar a que se dieran órdenes de embarque que nunca se cumplimentaron y otras que se duplicaron en corto plazo.

El poder político que imperaba en el C-5, les permitía pasar por la criba a todos los comandantes que nos enviaba el Jefe de la B.N.P. D. Antonio Ruiz. A esos políticos les interesaba más dirigir la revolución desde tierra que hacerse a la mar con el submarino y procuraban poner el máximo de inconvenientes para retrasar la salida y cuando llegó el momento, se quedaron en tierra ocupando cargos importantes.

Cuando mi segundo ocupó la Capitanía General, yo permanecí a sus órdenes hasta que el C-5 salió a la mar. Este trabajo me supuso un contacto con D. Antonio Ruiz que me permitía visitarle con alguna frecuencia. También me unía relación de familia con el contraamaestre de la conserjería, D. Gonzalo, que vivía en la misma Capitanía General, al que visitaba con frecuencia. Todo ello me permitía conocer situaciones de régimen interior. Esta situación de privilegio, me autoriza a decir que desde el día primero de agosto de 1936, Madrid insistía reiteradamente al Jefe de la B.N.P. para que el submarino C-5 se hiciera a la mar sin demora. Pero lo que ignoraba el Sr. Ministro de Marina, era la verdadera situación política en Cartagena, en particular en el C-5. Fueron varios los oficiales del Cuerpo General propuestos para asumir el mando de nuestro submarino, incluso sacándoles de las cárceles donde se encontraban, pero los duros del comité político de abordó, fueron inflexibles amparándose en que no les ofrecían las garantías que ellos consideraban necesarias para mandar el buque en tiempo de guerra.

La insistencia del Sr. Ministro, fue tanta para que el C-5 se hiciera a la mar, que D. Antonio Ruiz, no tuvo más remedio que cursar oficialmente nombramientos de embarque de un coman-